

AURELIA -SUS TRAPISONDAS-

Jorge Torres



Capítulo 1

AURELIA – SUS TRAPISONDAS -

Daba verdadero placer, ver con que meticulosidad recorría mi querida Aurelia los supermercados en búsqueda de trapos de piso. La recuerdo revolviendo las góndolas, desacomodando en forma desprolija los trapos de piso, mientras palpaba su textura queriendo comparar las diferentes calidades en exposición, en un ritual que a veces podía durar horas, para retirarnos del local sin efectuar compra alguna. Pues en otro local seguramente tendrían el trapo de la exacta calidad por ella requerida y así nos retirábamos ofuscados del negocio y recalábamos en otro, donde el ritual se volvía a repetir. Después de mucho recorrer tiendas y ya con los pulpejos brillosos de tanto valorar la textura de los nobles trapos de piso, ocurría por lo general el evento más maravilloso que he visto manifestarse en un rostro humano. Sus pupilas se solían expandir hasta abarcar la totalidad del iris, mientras sacudía su cabellera en un rítmico contoneo típicos de una ceremonia de candomblé. Y yo miraba atónito su gozosa reacción, mientras blandía el trapo como quien conquista la bandera de un bastión enemigo.

Una vez que ingresábamos con el “trofeo” recientemente adquirido a nuestro hogar, se la podía observar hasta altas horas de la noche, lavándolo minuciosamente, secándolo prolijamente con la plancha, almidonándolo y guardándolo bien doblado, en un lugar del armario donde por lo general me era imposible acceder.

Cierto día se me volcó accidentalmente el vaso de la cafetera en la cocina, esparciéndose todo su contenido por el piso de la misma, mi reacción inmediata fue la de fijarme en el armario, revolver un tanto sus estantes, hasta dar con el esquivo trapo de piso y proceder a secar el desastre que imprevistamente había ocasionado en el piso de la cocina. En el ínterin, mientras trataba de secar el piso, Aurelia regresó de realizar las compras para el almuerzo. Me miro fijamente mientras, sus grandes ojos se iban achinando y ubicándose en forma oblicua en el rostro, en una transfiguración solo comparable a la mirada vacía de un pit bull terrier

íngles, antes de su inminente embestida.

Me arranco intempestivamente el trapo del piso, mientras lo miraba y me miraba amenazante.

¿Que te pensás que estas haciendo? -Me encaro desorbitada.

Nada, nena, se me volcó la cafetera, pero ya seque la mayor parte del piso, no te preocupes -Le contesté con animo de apaciguarla.

¡No entendés, no entendés nada, el piso está sucio! ¿No ves que me ensuciaste el trapo de piso? -Me preguntaba, evidencia en mano.

Si, entiendo, pero...¿Para que carajo sirve un trapo de piso, sino es para secar el piso? -Le conteste pretendiendo aclarar el tema.

¿No te llegas a dar cuenta, que el piso esta sucio? -Me grito acaloradamente.

¿Y con que se supone, que seque el piso sucio, si no es con un trapo de piso?-Le pregunte intrigado, por su manera de valorar al por mi, vilipendiado trapo.

Usa tus camisas viejas, para esas cosas o las nuevas...Pero los trapos de piso no me los toques más.-Me regaño para dar por terminada la controversia.

Después de aquel evento con el correr de los años habremos comprado cientos de trapos de pisos y quizás unas cuantas camisas. Y siempre se podía observar una camisa junto al secador de piso, dispuesta a ser usada en los quehaceres de limpieza. Y jamás volví a tener acceso al armario donde se guardaban cientos de flagrantes trapos de piso pues un enorme candado con combinación numérica, me lo impedía.

No creo que quien me lea llegue a comprender la tremenda emoción que me causo Aurelia, el día que se cumplía nuestro decimo aniversario de casados, cuando me sorprendiera con uno de sus regalos más preciados. Envuelto en fino papel de regalo, adornado con un hermoso moño con la forma de un corazón, me esperaba un fino trapo de piso.

¿Aurelia, no me digas que este regalo es para mi? -Le pregunte sorprendido

Si, mi amorrrrr, te lo mereces porrrr tantos años juntos.- Me contesto

abrazándome dulcemente.

¿Pero estas segura?¿ Me vas a regalar un trapo de piso? Un trapo para mí...-Quise que me lo ratificará, pues no podía creerlo.

Si mi amorrrrr, ahora ya tienes un trapo de piso propio, puedes guardarlo en el armario junto a los míos. Esperá que antes te lo lavo, plancho y almidono. No lo vallas a ensuciar-Me advirtió mientras me miraba radiante, con su carita de nena enamorada.